

El segundo Concilio de Toledo celebrado en el año 527 (a) confirmó los antiguos cánones acerca de la continencia de los clérigos, y de la prohibición de matrimonios entre parientes en todo grado de parentesco conocido. Señala este Concilio los intersticios de las órdenes de una manera clara é instructiva. El primer cánón dice que los niños destinados al clericaliato serán desde luego tonsurados y puestos en el grado de lectores; cuando tengan diez y ocho años cumplidos, se les advertirá que aun pueden casarse, y si prometen libremente guardar continencia, concédaseles el orden del subdiaconado á los veinte años. Podrá conferírseles el orden del diaconado á los veinticinco cumplidos, si su conducta ha sido irreprehensible. Si habiendo sido casados prometen en edad madura guardar continencia con el consentimiento de sus mugeres, podrán aspirar á las órdenes sagradas. Al fin de este Concilio se llama metrópoli á Toledo, y esta es la primera vez que se le da tal título (b).

cediano Salustio, vicario del obispo Marcelino. Establecieron seis cánones, todos concernientes á la mayor perfeccion del clero. (N. del E.)

(a) Cinco fueron los decretos de este Concilio, de cuyos principales reglamentos, aunque se conocen bastante por lo que nos dice nuestro historiador, daremos luego al fin del tomo mas estensa noticia. Suscribieron Montano, presidente, metropolitano de Toledo, Pangario, cuya Silla se ignora, Nebridio de Égara, Canonio, Pablo, Domiciano y Maracino, que tampoco espresan sus Sillas, y Justo de Urgel, que es el santo hermano de Nebridio de quien antes hablamos. (N. del E.)

(b) Antes del de Lérida de que ya hemos hablado y despues de el de Toledo se celebró otro Sínodo en Barcelona el año 540. Asistieron á él Sergio, metropolitano de Tarragona, Nebridio, obispo de Barcelona trasladado á esta Silla de la de Égara, Casonio ó Casotio de Ampurias, Andrés de Lérida, Staffilio de Gerona, Juan de Zaragoza y Aselo de Tortosa. Establecieron diez Cánones: en el primero manda que antes del cántico de los laudes se recitase el salmo quincuagésimo; en el segundo, que se diese la bendicion á los fieles en mañanas como se daba en las visperas; en el tercero, que ningun clérigo llevase cabellera ni se rapase la barba; en el cuarto, que el diacono en ningun caso tomase asiento juntamente con los presbíteros, es decir, segun algunos autores, que no tuviese voz en sus congresos; en el quinto, que los presbíteros ordenasen las colectas ú oraciones á presencia del obispo: en

Ocupaba entonces Bonifacio II la Cátedra de San Pedro, para la que fué ordenado el 15 de octubre de 530, un mes ó dos despues de la muerte de Felix III. Era Bonifacio romano de nacimiento, pero godo de nacion. No agradó su eleccion á todos; eligieron al propio tiempo á un cierto Dióscoro, que habiendo muerto un mes despues sepultó consigo el cisma. Dícese que Bonifacio le condenó y anatematizó despues de su muerte; hecho que se atribuyó á un resentimiento mas propio de la dureza de su origen bárbaro que de la mansedumbre conveniente al Vicario del Salvador de los hombres. Impresionado con las turbulencias ocurridas á su advenimiento, y temiendo se repitiesen despues de su muerte, obligó á los obispos reunidos en Concilio, en la basílica de San Pedro, á que le autorizasen para elegirse sucesor, y designó efectivamente al diacono Vigilio; pero esta innovacion contraria á los sagrados cánones fué derogada en otro Concilio (1), y el mismo Bonifacio reconoció su falta. Poca vida concedió el Señor á este Pontífice, pues murió en el mes de octubre ó noviembre del año 532, sucediéndole Juan II, por sobre nombre Mercurio, romano de origen como de nacimiento, y presbítero del título de San Clemente.

el sexto, que los penitentes que usan de hábito religioso y de tonsura ocupen el tiempo en ayunos y oraciones: en el sétimo, que los mismos no asistan á convites, ni se entrometan en negocios del siglo; en el octavo ordena, que los que estando enfermos pidieren y recibieren la penitencia, si despues convalecen, hagan vida de penitentes, y estén apartados de la comunión hasta que el sacerdote apruebe su vida: «Mandamos empero, dice el nono, que á los que estuvieren enfermos, se les dé el viático.» El décimo y último dice que respecto de los monges se guarde lo que mandó observar el santo Concilio de Calcedonia. Tales son los decretos del sínodo de Barcelona, que hemos referido casi testualmente, pues pueden servir para confirmar mas y mas lo que ya hemos dicho acerca del celo y espíritu de perfeccion que animaban á aquellos santos obispos de España. (N. del E.)

(1) Historia del Papado, 2.^a edic., t. 1, p. 99.

A fines del pontificado de Bonifacio llevaron á su tribunal un negocio de mucho interés (1). Habiendo sido acusado Esteban, metropolitano de Larisa en Tesalia, ante el patriarca de Constantinopla, declaró que no dependia de esta Silla, sino del Papa, como todos los obispos de la Iliria. Condujéronle á pesar de esto á viva fuerza á Constantinopla, donde el patriarca Epifanio pronunció sentencia contra él, tomando todas las medidas posibles para que no se escapase y fuese á Roma. Mas si el arzobispo no pudo ir en persona, encontró medio de enviar su representacion por mano de Teodosio, obispo de Echina y uno de sus sufragáneos. Este presentó efectivamente en su nombre y en el de otros muchos obispos de la provincia de Tesalia sus quejas contra la sentencia dada en Constantinopla, con perjuicio de la jurisdiccion de la Santa Sede. «Es incontestable, dice, que aunque la Sede Apostólica se atribuye justamente el primado sobre todas las iglesias del mundo, tiene un derecho particularísimo sobre las de Iliria.» El Papa reunió un Concilio, cuya decision no ha llegado hasta nosotros en su tenor literal; pero sabemos defendió los derechos del patriarcado de Occidente.

En el año 553 se celebró en Orleans un Concilio mucho mas conocido y que se cuenta el segundo de esta ciudad. Fué muy concurrido y compuesto de los obispos súbditos de los tres reyes Teodorico, Childeberto y Clotario. Estos principes cristianos, pero bárbaros, que hicieron por largo tiempo una estraña mezcla de las obras de celosidad y de los excesos de crueldad, despues de haberse manchado con la sangre de sus sobrinos, hijos de Clodomiro, cuyos Estados querian invadir, congregaron á sus respectivos obispos en Orleans como la ciudad mas á propósito para las diversas dióce-

sis, á fin de trabajar en el restablecimiento de la disciplina. Era la simonia uno de los mayores males que afligian á la Iglesia, progresando cada dia con mas rapidez. Mandó, pues, el Concilio que se escluyese enteramente del episcopado, como á réprobo, á cualquiera que intentase conseguirle con dinero. Prohibió á todo sacerdote el vivir con legos, bajo la pena de ser privado de las funciones del sacerdocio: tan contagiosa parecia la corrupcion del siglo para los eclesiásticos, que debian vivir solos ó con personas de su estado en una especie de comunidad. Renovaron la prohibicion ya antes hecha de ordenar diaconisas, á causa de la fragilidad de su sexo, y se excomulgó á los abades que despreciasen las órdenes de los obispos.

Veintiseis obispos concurrieron á este Concilio sin contar los diputados de cinco ausentes, y se cree le presidió Honorato, arzobispo de Bourges. Tambien asistieron otros cinco metropolitanos, á saber, Flavio de Ruan, sucesor de San Gildardo, Leon de Sens, Injurioso de Tours, Julian de Viena, sucesor de San Avito, y Aspasio de Eausa. Tomaron asiento los Padres del Concilio, conforme á la costumbre, segun la dignidad de su Silla, sin respeto al tiempo de su consagracion, aunque digan lo contrario otros autores por otra parte muy exactos, porque pueden haberse engañado por el orden arbitrario de las suscripciones. En efecto, Cronopio de Perigord, cuya suscripcion sigue á las de Aspasio de Eausa, de Leoncio de Orleans y de Eleuterio de Auxerre, era mas antiguo en el episcopado que estos tres obispos, pues habia asistido al primer Concilio de Orleans con los predecesores de ellos.

A Flavio de Ruan le veneran en su iglesia con el nombre de San Fliano, y se conservaba su cuerpo en San Martin de Pontois. En su tiempo fundó el rey Clotario en Ruan el monasterio de San Pedro

(1) Tom. 4 Conciliar. pag. 94.

y San Pablo, que tomó en los siglos posteriores el nombre de San Ouen. Leon de Sens y Julian de Viena son honrados tambien como Santos. Aunque Injurioso no haya recibido públicamente el mismo título, mostró en todas las cosas que él creia pertenecientes á la Religion un celo que casi solo brilla en los Santos. El rey Clotario habia mandado que todas las iglesias de su reino le pagasen la tercera parte de sus rentas, y muchos prelados por un espíritu de pusilaminidad, ó por miras aun mas reprehensibles de interés y de ambicion, ni siquiera pensaron en reclamar contra semejante abuso; mas el digno sucesor de San Martin se presentó al monarca, y le dió á conocer con tanta eficacia el peligro á que se esponia en apropiarse los dones ofrecidos á este gran Santo, que el rey se condenó á sí mismo, pidió perdon y rogó al obispo que intercediese por él con su santo predecesor (1). Los obispos mas célebres por sus eminentes virtudes entre los demas de este Concilio son San Ló de Contanza, San Eleuterio de Auxerre, San Inocencio de Maus, San Agripino de Autun y San Galo de Auvernia, á quienes la Iglesia ha consagrado culto público.

San Remigio, de quien poseemos el testamento cuya autenticidad no puede negar la mas rigurosa crítica, murió á principios de este año de 533. Instituye en él por herederos con la iglesia de Reims, á Lupo, obispo de Soissons, y al presbítero Agrícola, sus sobrinos. Por sus diferentes donaciones conocemos que era muy rico en tierras patrimoniales y en esclavos. Entre los muchos donativos hechos á la Iglesia, el mas digno de atencion es un vaso magnífico que habia recibido del rey Clodoveo, y del cual mandó labrar un copon y un cáliz. Sobre el cáliz que debia servir para la comu-

(1) Greg. Turon. lib. 4 hist. cap. 1.

nion del pueblo, hizo grabar tres versos latinos, que anteriormente habia puesto ya en un vaso de la iglesia de Laon (1), y que testifican de la manera mas clara y mas espresiva que el cáliz consagrado contiene la misma Sangre que manaron las llagas del Redentor. Hincmaro, que obtuvo la misma Silla mucho tiempo despues de Remigio, refiere que este cáliz se habia conservado hasta sus dias y que se fundió para rescatar á los cautivos de la servidumbre de los normandos. Ordena San Remigio al presbítero Agrícola que posea una viña con la obligacion de hacer por él una ofrenda en el altar las fiestas y domingos, y dar todos los años una comida á los presbíteros y diáconos de la iglesia de Reims. El celo de la paz y de la concordia dieron origen á estos banquetes de caridad, demasiado comunes quizá en los siguientes siglos.

Fueron la gloria del pais de Reims durante su episcopado muchos Santos y Santas fieles á las lecciones y ejemplos de tan digno pastor, pero nada causó tanta admiracion como una familia de siete vírgenes cristianas que moraban en las inmediaciones. Habian recibido todas el velo de mano de San Albino de Chalons, y correspondieron tan perfectamente á sus esperanzas que todas merecieron el honor de Santas. Menehou, la mas jóven, es la mas conocida, y de ella tomó el nombre de Santa Menehould la ciudad llamada antes Auxuena. En esta época y en la misma provincia llegó á escitar la admiracion una familia recién venida, y aun mas numerosa, de Santos extranjeros. San Gabriano, su gefe, era el mas célebre de esta familia compuesta de siete hermanos y tres hermanas. Habian nacido todos en Irlanda, y la reputacion de las iglesias de la Galia les obligó á dirigirse á ella, y allí se consagraron á los ejercicios

(1) Biblioth. nov. Labb. tom. 1, pag. 800.

de piedad en diferentes monasterios, por que el número de estos piadosos asilos iba en aumento por todas partes.

Encontramos ya desde entonces en sola la provincia de Neustria, llamada despues Normandía, tres célebres maestros de la vida cenobítica en los Santos Marcou, Evroul y Bigor. San Marcou, oriundo de Bayeux, fué ordenado presbítero por San Posesor de Coutanza y encargado de anunciar la palabra de Dios; mision que desempeñó con el éxito feliz de un apóstol confirmando con ilustres prodigios lo que anunciaba. Contribuyeron á sus designios muchos prelados que se valieron de él para levantar en distintos lugares de las Galias monasterios, de los cuales el de Nanteuil en el Contentin fué el primero. Condújole su celo hasta la Gran Bretaña, donde comunicó á sus naturales el mismo espíritu de retiro y desprendimiento del mundo. Despues volvió á poner fin á su carrera en Nanteuil, monasterio arruinado posteriormente por las irrupeiones de los normandos, y desde donde trasladaron el cuerpo del Santo á la diócesis de Lyon, á un lugar llamado entonces Corbigni, y que poco á poco se quedó con el nombre de San Marcou. El rey Carlos el simple levantó allí un monasterio cuya iglesia adquirió celebridad por los frecuentes milagros que acaecian en ella, particularmente en la curacion de los lamparones ó humores frios.

Era antigua costumbre de los reyes de Francia visitar las reliquiás de San Marcou, despues de haber sido ungidos; pero se ignora el origen no menos que el tiempo en que pueden haber recibido del cielo el don de curacion tan análogo á la beneficencia paternal que fué siempre su carácter. No cabe duda, como dice Guiberto (abad de Nogent, que vivia á fines del siglo undécimo), que la buena fé de los pueblos atribuia ya entonces este privilegio á los monarcas franceses, y que las personas ilustra-

das miraban sus felices efectos como un milagro verdadero (1). Dice este abad, que los enfermos atormentados de humores frios corrian en gran número al rey Luis el gordo, que les alargaba la mano con benignidad y los curaba haciendo sobre ellos la señal de la cruz; y era mirado este poder maravilloso como anexo á la piedad hereditaria de aquellos reyes de modo que la nacion se gloriaba de que los principes vecinos no osasen intentar cosa semejante; y si los reyes de Inglaterra pretendieron poseer el don de curar la misma enfermedad, fué despues que llegaron á ser reyes de Francia.

San Evreul, hombre distinguido en la corte de Childeberto, despreció toda la pompa mundana, y exhortó á su muger á que abrazase el estado religioso, retirándose él á la diócesis de Lisieux en el bosque de Ouche, que no era mas que una guarida de ladrones y asesinos. Convirtió á una parte de aquellos bandidos y reunió un número tan grande de discípulos que construyó mil quinientas celdas al rededor de la suya. Correspondió en breve á sus piadosos designios la liberalidad de los fieles, y edificó catorce monasterios así de hombres como de mugeres. El de Ouche, que despues llevó el nombre de Evreul, era el principal y como el centro y cabeza de todos los demas. Hubo otro santo abad del propio nombre venerado como uno de los patronos de la ciudad de Beauvais.

Honró tambien la vida monástica San Bigor, aunque obispo, edificando monasterios durante su episcopado como lo habia verificado antes; pero de todos estos asilos de la piedad, solo subsistió el de Cerisi, arruinado con los demas en las irrupciones de los normandos, y reedificado despues por los duques Roberto y Guillermo su hijo.

(1) Guibert. de pign. SS. cap. 1.

Mantuvo San Bigor el esplendor de la Silla de Bayeux, que se gloriaba de que entre siete obispos que la habian ocupado no habia siquiera uno que no se contase en el número de los Santos.

San Fridolino, originario de Irlanda, dió primeramente grandes ejemplos en el monasterio de San Hilario de Poitiers, del cual fué abad; y despues, lleno de un extraordinario celo por la gloria de este Padre de la Iglesia, pasó á las regiones orientales del imperio francés, á los desiertos de Vosge, al pais de Strasburgo y á lo interior de la Suiza, erigiendo en todas partes iglesias con la advocacion del grande Hilario, en las cuales colocaba algunas reliquias. La veneracion que S. Fridolino mereció en aquellas provincias, y especialmente en Suiza, se puede conocer por las armas del Capton de Glaris, que no son otra cosa que el retrato de este ilustre solitario.

Poblaron igualmente las montañas salvages de la Auvernia hombres del todo celestiales. Sobresalian entre ellos San Pourcain y San Calais. Este abrazó la vida monástica en el monasterio de Menat; despues pasó al de Mici, donde le ordenó presbítero el obispo de Orleans; é internóse despues hácia el Maine, en donde levantó el monasterio que tiene su nombre. San Pourcain, de esclavo que habia sido, ascendió á abad de Miranda en su pais nativo. Ocultó con el esplendor de sus virtudes la oscuridad de su cuna, y mereció el respeto general tanto de su soberano el duque de Auvernia como del rey Thierrí que hacia la guerra en aquella provincia. Subiendo de punto despues de su muerte la fama de su virtud y de su poder para con Dios, dejó el monasterio el nombre de Miranda y tomó el de San Pourcain, del mismo modo que la ciudad que se fundó en su derredor. San Juaniano y San Leonardo, este abad y aquel recluso en el Lemosin, mudaron tambien el

nombre de dos ciudades con la celebridad del suyo.

Pero entre los innumerables Santos que honraron por aquel tiempo la vida monástica en las Galias, ninguno fué tan ilustre como San Juan, abad y fundador del monasterio de Reomay en Borgoña, llamado así por el riachuelo Reoma sobre el cual está situado (1). La regla que se observaba en Reomay y que mereció los mas grandes elogios, era copiada de la de San Macario de Egipto, en cuanto lo permitian nuestros climas. Recorrió el abad San Juan los monasterios mas célebres en toda la estension de las Galias, para llevar á sus discípulos una observancia enteramente practicable. Con este fin estuvo de incógnito diez y ocho meses, y no diez y ocho años como han dicho algunos con poca verosimilitud, en el monasterio de Lerins, que estaba entonces en la cumbre de su gloria. Era tal su desprendimiento de cuanto el hombre mas ama en este mundo, y tan grande su celo en inspirar á sus discípulos la separacion del trato con personas de otro sexo, que habiendo ido á visitarle su madre despues de una ausencia muy larga no quiso hablarla, y le pareció que hacia mucho en dejarse ver pasando por delante de ella. Despues de esto la mandó á decir que ya no se verian mas sobre la tierra, y que procurase vivir de tal modo que pudieran reunirse en el cielo. Igualaba su austeridad á su abnegacion, lo que no le estorbó llegar á la edad de ciento veinte años, sin haber experimentado ninguna de las incomodidades de la vejez, sin habersele debilitado la vista ni la memoria, y aun sin habersele caido un solo diente. Sepultáronle en su monasterio que en breve adquirió celebridad por sus milagros y tomó el nombre de Moutier-San-Juan. El mas ilustre entre la multitud de sus discípulos

(1) *Vit. S. Joann. in hist. Reom.*

es San Sena, fundador del monasterio que tiene este nombre, del mismo modo que la ciudad que se formó allí cerca del nacimiento del rio Sena.

Muchas santas vírgenes y castas viudas ilustraron igualmente la iglesia de la Galia, demostrando en las prácticas mas auteras de la vida religiosa el mismo ardor y la misma constancia que los hombres mas fervorosos. En Chartres, una señora llamada Nunegunda, habiendo perdido dos hijas que eran todo su consuelo, comprendió tan vivamente la fragilidad de todo cuanto nos arrastra al mundo, que se resolvió á abandonar del todo. Primero vivió reclusa en su casa, no comiendo sino pan de cebada que ella misma amasaba y cocia bajo la ceniza; despues, atraída á Tours por la fama del culto y del nombre de San Martin, formó allí una comunidad de vírgenes jóvenes cerca de la iglesia, que por esto se llamó San Pedro Puellier, y á la que dotó la reina Clotilde (1).

Nos presenta un ejemplo mas extraordinario todavia una santa doncella llamada Pápula; pero una multitud de milagros nos le hace mirar como efecto de una particular inspiracion, única que puede justificarle. Solicitando por largo tiempo Pápula la licencia de sus padres para hacerse religiosa, y no pudiendo obtenerla, salió por último de la casa paterna, se vistió de hombre y pudo lograr que la admitiesen en un monasterio de religiosos de la Turena. Allí vivió treinta años vestida de monge sin ser conocida. Solo tres dias antes de morir, padeciendo su pudor con la sola idea de su próxima sepultura, reveló su secreto para que se encomendase á mugeres el cuidado de enterrarla (2).

Por este mismo tiempo el monasterio de

(1) *Greg. Turon. Vit. PP. cap. 19.*

(2) *Id. de glor. Confess. cap. 16.*

Mici, donde se formó San Calais; edificaba prodigiosamente al reino de Orleans, que era el patrimonio de Clodomiro. El abad San Avito, que habia sucedido á San Mesmin, poseia el don de profecía. Supo, pues, que el rey Clodomiro queria dar muerte á Sigismundo rey desterrado de Borgoña y su prisionero; y pasando al punto á hablarle le dijo en tono de profeta: «Príncipe, si quitais la vida á Sigismundo, perecereis á manos de vuestros enemigos, y la suerte que hagais sufrir á su familia será la regla con que os medirá la vuestra el vengador de los reyes (1).» Pero los consejos inhumanos de la política eran muy diversos de los del hombre de Dios. Clodomiro se veia obligado á principiar de nuevo la guerra en Borgoña, que habia creído ya subyugada sin recurso, y le pareció contra la prudencia el dejar en su reino de Orleans á un enemigo, aunque preso, como Sigismundo, en tanto que él se alejaba para acabar de conquistar la Borgoña. Quitó la vida, no solo á este desgraciado príncipe, sino tambien á la reina su muger y á dos príncipes sus hijos que habian sido presos con ellos. Sus cuerpos fueron despues arrojados en un pozo que se llamó en lo sucesivo el pozo de San Sigismundo, porque este príncipe es honrado como mártir segun la costumbre comun entonces de dar este título á las personas virtuosas condenadas injustamente á morir. Un delito habia cometido el mismo rey de Borgoña que clamaba venganza al cielo, haciendo quitar la vida á su hijo Sigérico sin mas crimen que haberle acusado su madrastra: poco despues se arrepintió con tanta sinceridad, que pidió al Señor le castigase en esta vida mas bien que en la otra, y recibió efectivamente todos sus reveses como justos castigos, bendiciendo siempre la mano que le heria.

(1) *Greg. Turon. lib. 3 hist. cap. 6.*